

Chocaron algo estas frases al obispo, pero no se dió por entendido.

—Cuando veo, continuó el eclesiástico, que se pone al frente de los establecimientos al fanatismo supersticioso que enerva el sentimiento cristiano, no puedo ménos que lamentar el porvenir de la juventud que mañana debe sucedernos en nuestro ministerio.

—Teneis razon.

—Su señoría ilustrísima comprenderá con su claro talento la imperiosa necesidad de cortar abusos que tanto nos desprecigan.

El obispo se sintió halagado en su amor propio al oír las galanterías del rector, á quien tenia en un alto y merecido concepto.

—Y qué tal van los escolares, señor Hidalgo?

—Bien; yo deseara que su señoría propusiera la enseñanza de idiomas.

—Y para qué?

—Oídme, señor obispo: las lenguas de los indios han muerto desde el primer día de la conquista; ya hemos aprendido en los monumentos y en las tradiciones, cuanto puede alcanzarse de su civilización; sucede lo mismo con el latín, ese legado histórico que conservamos como el tesoro de la educación literaria; el latín es una lengua muerta para los profanos y viva para los hombres del estudio y de la ciencia; ahí está la fuente del saber humano; la historia. Cuando ojeamos las obras de Cicerón, cuando devoramos la filosofía de los antiguos, vemos con sentimiento que los sabios de hoy no pueden ni aun acercarse á los hombres de aquellas edades; entonces comprendemos todo lo que vale la posesión de ese idioma, enseñanza perpétua de todo lo grande y lo sublime. La traducción será siempre pálida y degenerada, los dioses y los héroes bajan de sus pedestales en la versión de sus inscripciones; es necesario leer, estudiar, devorar esas páginas, conservarlas en la imaginación; porque

están condenadas á perecer luego que el orgullo pretende interpretarlas y ponerlas en otros signos en la metamorfosis de la palabra.

El obispo fijaba su mirada tenaz en la fisonomía abierta y magestuosa del eclesiástico.

—Pero el latín, continuó Hidalgo, se immortaliza en la biblioteca como en el nicho de un panteón; ha llegado á su término, mientras que por ejemplo, el francés, el inglés, el alemán se enseñorean del mundo de las letras.

—Este hombre es terrible! pensó el obispo.

—La mayor parte de las obras están escritas en esos idiomas, y es una necesidad aprenderlos para llegar al fin que nos proponemos: el conocimiento de las ciencias y el de la religión y la moral.

—Y vos, señor rector, sabéis algo de todo lo que habeis dicho?

—Conozco muy poco, pero deseo saber mucho.

—Puesto que sois un sabio----

—Perdone su señoría, se apresuró á interrumpir el eclesiástico, yo no tengo ni aun pretensiones.

—Bien, yo os tengo en ese concepto, y como tal os pregunto si no incurriremos en---- en----

—En nada, contestó de plano el rector de San Nicolás; esos planteles fundados por nuestros antecesores, no son el asilo de la ignorancia ni de la barbarie, son el porvenir de México.

—El qué? preguntó asustado el obispo, porque ciertas palabras le sonaban detestablemente.

El eclesiástico sin contestar á la pregunta del obispo, continuó:

—Cuando vemos tantos sabios, cuando el clero español se distingue por su talento y conocimientos, cuando sus escritos son un reflejo de la luz del Evangelio y de las verdades que forman nuestro dogma, lamentamos que á la juventud se le

entreguen libros que no contienen una sola enseñanza y que la ilustración tiene proscritos.

—Qué quiere decir *ilustración*? preguntó asustado el obispo.

—Esa palabra no tiene más que un solo significado: la ilustración es el homenaje á los adelantos siempre crecientes de la humanidad. Vuestra señoría no es seguramente como los preladados del siglo IV, ni los cristianos de las catacumbas se hallaban á la altura de nuestro clero, á pesar del reconocido talento de San Pablo.

El obispo no entendió una palabra, sospechó alguna sátira del rector; porque nada hay más susceptible que la ignorancia.

—Es cierto lo que decís, señor rector; en tiempo del apóstol San Pablo no se inventaba la teología.

El eclesiástico guardó silencio, convencido de lo poco que adelantaba ante un hombre de la fuerza del señor obispo.

—Hablando de otra cosa, no sería malo, dijo el prelado, que por escrito me dijeseis algo de la conducta del padre Pontolongon para remitirlo á México, ó por lo menos que lo *espiáseis*.

Alzóse el eclesiástico como tocado por resorte, y con la faz ceñuda, pero magestuosa, y la voz vibrante, dijo al obispo:

—Fray Antonio de San Miguel, tened entendido que yo no he rebajado mi dignidad hasta *espíar* á un hombre, y que mi mano no trazará la página de una denuncia!

Asustóse el obispo ante aquella superioridad tan reconocida, y acercándose al sacerdote, le dijo, procurando dulcificar su voz:

—Sosegaos, señor rector, yo no he tratado de ofenderos, lo hacia por vos mismo, por privaros de una persona tan molesta como el padre Pontolongon; ved lo que son las cosas, él os ama, me lo decia hace media hora.

—Señor obispo, yo no he mentido jamás, y me irrita la mentira. Sé perfectamente que ese miserable ha venido á formular una acusación, á denunciarme de haber leído papeles *extrangeros*; porque ese hombre es un *espía*; sé que me habeis hecho venir con un pretexto fútil, mientras en este momento practica un

cateo en la biblioteca del colegio el delegado de la Inquisición.

Santiguóse el obispo, creyendo firmemente que estaba en la presencia de un hechicero.

—No os asustéis, miradme tranquilo, yo os confieso que poseía esos papeles, que los he leído durante muchas noches; porque ellos traen la *reforma religiosa*, y sin conocerlos no los podemos combatir; ¿cómo hablar de Lutero y Calvino, sin estar al tanto de sus doctrinas? ¿cómo llevar triunfantes nuestros dogmas sin deshacer las argumentaciones de los sofistas enemigos de la Iglesia católica? Sabed, que aunque la multitud aparenta ignorar las ideas vertidas por nuestros antagonistas, está al tanto de ellas y germinan sin sentirlo en el seno de las conciencias. Combatamos lealmente, no nos engañemos, porque acabarán por desconfiar de nosotros y perderá su prestigio en el púlpito nuestra palabra.

—Teneis razón, teneis razón; pero debíais haberme hablado antes; sois un verdadero sacerdote; ese clérigo infernal me ha hecho dar un paso inconveniente, ya el señor Abad y Queipo me ha hablado de vuestra capacidad, y yo la reconozco; perdonadme.

—Dios guarde á vuestra señoría ilustrísima, dijo el eclesiástico, y abandonó la sala del obispado.

IV.

—Vamos, que estoy corrido, avergonzado; el rector tiene razón que le sobra, soy una persona cuyo celo católico me lleva á extremos que... vamos, estoy arrepentido.

Habia pasado un cuarto de hora que el eclesiástico habia salido del obispado, cuando llegaron fray Angel de la Divina Infanta y Cipriano Pontolongon.

—Victoria, victoria, ilustrísimo señor!

El obispo se quedó sentado haciendo una fría recepción á los recién llegados.

Fray Angel se acercó al prelado, y después de besar el *pastoral* dijo en tono de satisfacción:

—Hé aquí el cuerpo del delito; y presentó unas cenizas de papel perfectamente guardadas entre dos hojas de pergamino.

—Y bien? dijo el obispo.

—Que el rector, dijo Pontolongon, los ha hecho desaparecer.

—Calle la boca el muy soez! dijo con ira el obispo.

Pontolongon abrió la boca desmesuradamente.

Fray Angel se quedó aturdido.

—Los documentos no se han encontrado en la biblioteca, pero esta prueba es irrecusable.

—Y es eso todo lo que teneis que decirme?

—Esta es una cabeza de proceso.

—Pues esa cabeza no vale nada, las cenizas no prueban nada, ni nada prueba nada.

—Yo practiqué el cateo con arreglo á la denuncia del padre Pontolongon.

—Es que ese hombre no sabe lo que se dice; su conducta es un tejido de abominaciones que horripilan.

—Ilustrísimo señor! exclamó el clérigo.

—Calle! como si no se supieran los escándalos que han dado lugar á la insurrección de los escolares!

—Ilustrísimo señor!

—Calle! su conducta relajada ha hecho que los colegiales le pongan el sobrenombre de "Chincuate."

—*Chacal*, ilustrísimo señor.

—Eso quise decir, *Chacal*, y sabed que os voy á separar del colegio por perverso consuetudinario.

—Señor!

—Nada de súplicas, estoy verdaderamente irritado; y vos, fray Angel, retiraos á vuestro aposento; mañana trataremos este asunto.

—Yo he formado concepto ya.

—Salga el clérigo pervertido.

—Al momento, ilustrísimo señor, dijo Pontolongon, y dando tres saltos con honores de caravanas, salió escapado del salón.

—Conque teneis formado concepto, fray Angel?

—Sí, ilustrísimo señor, creo que el clérigo Pontolongon es un infame, que por odio al rector lo ha denunciado.

—Puede ser.

—Y lo es, porque durante el camino lo he oído casi blasfemar contra el rector, y me ha indicado la idea de sucederle en el rectorado.

—Horror! horror! cómo atacaría ese hombre las doctrinas de Calvino y de Lutero, sin tener ---- es decir ----

—Ya, ya comprendo, dijo el fraile á quien el obispo le espetó un trozo del discurso del eclesiástico.

—El maestro de aposentos es un pájaro de cuenta; es de sentir que no tenga yo aquí algunos *útiles* de la Inquisición para hacerle hablar.

—Nunca es tarde, creo que ese será su paradero.

—Es muy robusto, aguantará dos *vuelatas*.

—Doscientas le diera esta noche por bruto.

Aquí hay *algo*, pensaba el fraile.

—En fin, es ya muy tarde, necesitamos descansar.

—El cateo ha sido escrupuloso y estoy rendido. Cuando creo empeñado el honor del Santo Oficio, no perdono trabajo, ilustrísimo señor.

—Bien hecho; no sería malo que *espiáscis* á ese escandaloso.

—Perfectamente, ilustrísimo señor, en eso no hago mas que cumplir con mi obligación, la salvación de la *fé*.

Besó el fraile el *pastoral*, y se alejó diciendo entre dientes:

—No te has de escapar aunque lleves hábitos morados; la Inquisición nada respeta, yo daré parte de que has estado encerrado dos horas con un clérigo sospechoso; afortunadamente la

tinta ha sobrevivido al papel y en las cenizas está la palabra *igualdad*.

El clérigo Pontolongon esperaba á su amigo á la puerta del obispado.

—Aquí estoy, le dijo en voz baja, os estaba aguardando.

—Poca paciencia teneis, me quedé con el obispo para aplacaros, os estaba *recomendando*.

—Gracias, reverendo padre, dijo Pontolongon haciendo una mueca infernal, que fray Angel no pudo percibir en las tinieblas de la noche.

—Echémos á andar, que nos esperan.

—Como que no dilata en sonar la *queda*.

El clérigo y el fraile se dirigieron á uno de los suburbios mas lejanos de la poblacion, escapando á ser reconocidos por la ronda, que á su vez temia ser reconocida por los malhechores.

CAPÍTULO IV.

LINO EL MULATO.

I.

El familiar del obispo salió inmediatamente á comunicar la orden al rector de San Nicolas, para que se presentase desde luego en el arzobispado.

El familiar era un zorro de cuenta, su fisonomía traviesa lo denunciaba al momento que se le ponía la vista encima.

Llamábase Antonio Pedraja, era natural de Morelia, y tenía un talento natural, y sobre todo, una viveza admirable.

Antonio Pedraja hizo rápidos progresos en el colegio, y fué escogido para familiar, teniéndole el obispo entre sus consentidos.

El estudiante era un tronera de primera fuerza, y á la edad de veinticuatro años habia corrido el mundo mas de lo regular y comprometido su pellejo en mas de dos aventuras.

A pesar de su sotana y su tonsura, que era de rigor en el puesto que ocupaba, el bueno del familiar se inclinaba á las muchachas que era una gloria.